

EL IMPACTO DE LOS DESCUBRIMIENTOS EGIPCIO EN LAS CORRIENTES DE PENSAMIENTO DEL SIGLO XIX

Cristina Gil Paneque
Universidad Autónoma de Madrid

Con la expedición de Napoleón, Francia descubrió para Europa al “viejo” y al “nuevo” Egipto. Y no es menos cierto, que la Egiptología recién inaugurada creció paralela al imperialismo occidental. Con la invasión a Egipto al mando de Bonaparte comienza oficialmente la carrera imperialista con Inglaterra por conseguir la supremacía en el Mediterráneo y Oriente, en el marco de un Imperio Otomano muy debilitado. Pero también *se inaugura siglo y medio de rivalidad franco-inglesa en el ámbito de la egiptología, convirtiéndose ésta en un campo de batalla europeo*. De las mismas corrientes de pensamiento e ideologías decimonónicas que fueron creadas para justificar y legitimar la actividad imperialista, bebían en gran medida los nuevos estudios realizados sobre la prehistoria y la historia antigua. Igual que las potencias europeas llegaron a tener un control real de los asuntos internos (políticos y económicos) de Egipto, también controlaron la marcha de la arqueología egipcia.

El *mito de la Expedición de Bonaparte* en el siglo XIX, y aún en el XX, se encuentra regularmente entre los interrogantes del sentido de la historia de Egipto, tanto del lado francés como del lado egipcio. Francia exaltó siempre los derechos históricos que había adquirido, sea por el impacto que supuso la expedición de Bonaparte¹ como por el imprescindible apoyo que prestó a la dinastía de Mohammed Alí en su labor de modernización del país. Por su parte, en la propia historiografía egipcia sobre la Expedición se podían distinguir dos corrientes de pensamiento atendiendo a su intencionalidad política. Por un lado, se encontraban aquellos *que insistían en una resistencia nacional* que admitían la presencia francesa como una expedición colonial, aunque la resistencia popular que ella inspiró permitió la creación de un sentimiento nacional egipcio que nacía para rechazar a los franceses. Poco después de la salida de Francia, el elemento nacionalista se manifestó ya en el ámbito político culminando en la revolución de 1805 que supuso la ascensión de Mohammed Alí. Frente a ellos estaban aquellos *que daban una mayor prioridad a la apertura de Egipto a las luces de Occidente*: los propios egipcios esgrimieron estos argumentos tras la ocupación británica: Moustafa Kamel Pachá, dice no olvidar que Francia despertó a Egipto de su sueño y que les devolvió su pasado. Se vuelve a recurrir al Egipto faraónico como elemento identificador: “*volver a colocar a Egipto entre las civilizaciones contemporáneas, un rango digno de su historia y de su antigua civilización*”. La Expedición se interpretaba igualmente como un episodio de la Revolución Francesa, lo cual permitía a Egipto integrarse dentro de las corrientes de la historia de las revoluciones europeas.

La Europa que redescubre el Egipto antiguo es la Europa del siglo XIX y a ella, con todas sus ideas y prejuicios, se ha de batir y adaptar el Egipto moderno. Mohammed Alí es el primero y más genuino de los gobernantes egipcios que retoma el modelo

¹ Chateaubrian: “Sólo los recuerdos de mi gloriosa patria me parecían dignos de esas magníficas planicies; veía los restos de los monumentos de una nueva civilización llevada a orillas del Nilo por el genio de Francia”. Evidentemente, Chateaubrian, quien ha denunciado el estado de pobreza y desamparo en el que vivía el pueblo egipcio, interpreta la ausencia de Francia con la ausencia de un buen gobierno libre al frente de un pueblo feliz. (E. Said, 1990).

aprendido de Bonaparte. Adopta la imagen de un héroe civilizador, heredero y continuador de la obra de Napoleón; los dos gobernantes como promotores de una empresa civilizadora, aunque Mohammed Alí es ante todo un diplomático, comerciante y guerrero, y no tanto un amante desinteresado de las artes. Así, a comienzos de febrero de 1820 comienza su estudiada *campaña a Nubia*. Los objetivos que ambiciona son varios y bien definidos. Una reconstrucción del pasado que le sirva para legitimar su obra, creando un imperio trazado como continuación de aquel de los antiguos faraones quienes también llegaron a controlar esta región del sur de Egipto. Si la expedición de Bonaparte había encerrado un objetivo económico y militar – el de cerrar el paso hacia la India a la poderosa Inglaterra –, Mohammed Alí buscaba en la zona del África ecuatorial y Sudán unas posibilidades económicas y estratégicas: conseguir el dinero que le permita financiar las tareas de modernización de su Egipto soñado, dinero que al no poder obtener de su país sumido en la ruina, se ve obligado a buscarlo fuera, y en el Sudán lo encontraría fundamentalmente gracias a las minas de oro y al comercio de esclavos; la ocupación de Nubia le permitía también el control militar de la región de Abisinia, nueva amenaza a la ruta de la India por lo que era también ambicionada por Gran Bretaña a fin de controlar el golfo de Aden. Sabiendo que su ambición por esta zona causaría recelo en Europa, le da la apariencia de una misión científica, y tal y como había hecho Bonaparte se hace acompañar por un gran número de científicos, especialmente italianos.

Al igual que los promotores de la Expedición de Bonaparte insistieron en imponer la primacía moral y política de la “Gran Nación de Francia” sobre Egipto y a descubrirles las reformas sociales salidas de la Revolución², los europeos del siglo XIX entendían que debían imponer la supremacía de la civilización europea sobre una civilización para ellos “atrasada”. Ya a principios de siglo la conquista occidental de Oriente se consideraba, al fin y al cabo, no una conquista, sino una libertad³.

El siglo XIX destacó por el uso que se hizo de la historia y de todas las ciencias parejas, antropología, etnología, etc., por parte de las potencias europeas para dar un respaldo histórico, social y moral a su actuación política. Esta actitud repercutía inevitablemente en que los nuevos estudios históricos fueran en sí un producto intelectual de su tiempo. La arqueología de la época prehistórica que se desarrolla a principios y mediados de siglo siguió un modelo evolucionista “unilineal” de la historia humana, de más simple a más compleja, en la creencia de que la evolución material provocaba al mismo tiempo mejoras morales y sociales. La clase media, cuyo poder adquisitivo se había incrementado como resultado de la revolución industrial, se veía identificada en este proceso progresivo inherente a la civilización. En una sociedad tan moralista se veían justificados de adquirir un nivel ético y moral que había aumentado al mismo tiempo que había ido incrementando su nivel de vida, y establecieron como punto

² Samir Girgis (1975).

³ Chateaubriand, en su obra *Itinéraire de Paris à Jérusalem, et de Jérusalem à Paris, 1810-1811*, relata los detalles de un viaje emprendido en 1805-06. Para él, Oriente era como un lienzo estropeado que estaba esperando que él lo restaurase, lo devolviese a la civilización real, es decir, la europea, siguiendo las huellas del último cruzado, Bonaparte. Un Oriente cuya civilización, religión, y maneras eran tan inferiores que merecían ser reconquistadas. El árabe era un hombre civilizado que había vuelto a caer en un estado de salvajismo. Con Chateaubriand se menciona -en términos románticos de una misión cristiana- por primera vez una idea que adquirirá una autoridad fundamental en los escritos y en la mentalidad del europeo: el tema de una Europa que enseña a Oriente lo que es la libertad, concepto que Chateaubriand, y después todos los demás, creían que los musulmanes y orientales ignoraban por completo. E. Said (1990).

de referencia su propia historia antigua⁴. Con los estudios paleolíticos se estaba demostrando científicamente una evolución gradual de la civilización europea desde unos comienzos muy primitivos, lo que proporcionaba una historia antigua a cada uno de los países que les servía, por sí misma, como una forma de síntesis nacional⁵. Las ideas del siglo XVIII sobre la “unidad psíquica”, es decir, la existencia de similitudes emocionales e intelectuales entre los diferentes grupos étnicos, y las “influencias ambientales”, como principales causas de las diferencias de comportamiento y del grado de desarrollo de las distintas sociedades, fueron decayendo en Europa a lo largo del siglo. El alzamiento de los nacionalismos tras las conquistas napoleónicas y los gobiernos conservadores de Francia, Inglaterra e Italia determinó un desvío hacia explicaciones nacionalistas, *haciendo de la arqueología la más nacional de las ciencias*.

Se extendió la idea de que las características nacionales diferenciales se debían a las diferencias biológicas de los grupos humanos, es decir, *a su composición racial*. Uno de los primeros teóricos, Joseph-Arthur, Conde de Gobineau, aristócrata y monárquico francés, consideraba el mestizaje con otros pueblos no europeos un elemento de decadencia. Así, se dieron soluciones sobre la base de una poligénesis o a especies separadas. No todos aceptaban que la selección natural rigiese las habilidades humanas⁶, pero el enfoque darwiniano explicaba de forma muy convincente cómo se habían desarrollado las diferencias intelectuales y la evolución cultural, tomándolo como una extensión de la diferenciación biológica, inseparable a ésta: constituía pues un argumento de respetabilidad científica a las interpretaciones raciales del comportamiento humano.

El manual de arqueología de **Lubbock**, “*Pre-historic Times. As Illustrated by ancient remains, and the manners and customs of modern savages*” (1865)⁷, fue el más influyente en la Europa del siglo XIX. Amigo personal de Darwin, fue uno de los primeros en aplicar su teoría de la evolución a la arqueología prehistórica. A partir de mediados de siglo, el evolucionismo darwiniano desempeñó una influencia grandiosa a través del evolucionismo cultural de Lubbock aplicado al estudio de la arqueología de los asentamientos coloniales. Tomaban como modelo a las sociedades primitivas modernas, quienes proporcionaban una información fiable del comportamiento humano prehistórico. Con este fin proliferaron los estudios sobre las sociedades “salvajes” de las islas del Pacífico, Australia o los indios de Norteamérica. Como resultado de esta selección natural, los grupos humanos se habían diferenciado unos de otros no sólo culturalmente sino también en lo que respecta a sus capacidades biológicas para utilizar la cultura. Este argumento se convirtió una forma de justificar el colonialismo europeo:

⁴ El progreso – en todas sus dimensiones – como el motor de la historia; como la fuerza liberadora del hombre. R. Nisbet, *Historia de la idea de progreso*. Barcelona, 1991.

⁵ Así por ejemplo, la adulación hacia la cultura alemana queda reflejada en la obra de **Gustav Kossinna** (1858-1931). Arqueólogo alemán que intentaba demostrar que el lugar de origen de los indoeuropeos habían sido los recién anexionados territorios de Schleswing y Holsten (Alemania del Norte), con el fin de que quedase justificado que la cultura alemana era la más innovadora del mundo, llegando a la conclusión de que incluso en tiempos de la prehistoria había que reconocer la supremacía alemana. Esto, por sí sólo justificaba el imperialismo alemán.

⁶ Como Alfred Wallace, codescubridor de la selección natural y la teoría del evolucionismo, junto con Darwin.

⁷ “Mientras que nuestros ojos han estado escudriñando el Este y observando ávidamente las excavaciones que se llevaban cabo en Egipto y Asia, una nueva luz se alzó repentinamente entre nosotros, y los más antiguos vestigios del hombre, descubiertos hasta la actualidad, no han aparecido entre las ruinas de Nínive o Heliópolis, ni en las arenosas llanuras del Nilo o del Eúfrates, sino en los tranquilos valles de Inglaterra y Francia, a lo largo de las orillas del Sena y el Somme, el Támesis y el Waveney”. Discurso de Lubbock, en G. Daniel (1986) p. 122.

Lubbock veía a los europeos modernos como el producto de una evolución biológica y cultural intensa. Creía que los pueblos menos avanzados tecnológicamente eran más primitivos que los civilizados, no sólo culturalmente sino también intelectual y emocionalmente, como lo eran, dentro de la sociedad civilizada (la europea) las clases inferiores frente a las clases alta y media. Así, explicaba al mismo tiempo las diferencias sociales occidentales y la supuesta superioridad de las sociedades europeas frente a los demás grupos humanos.

Siguiendo estos planteamientos, no asombra que muchos investigadores llegaran a rechazar la autenticidad de las pinturas rupestres descubiertas en Europa, considerándolas como falsas puesto que una sociedad que todavía no ha alcanzado un buen nivel de desarrollo no tiene capacidad para realizar tal obra de perfección; sólo tras la evidencia de numerosos descubrimientos por todo el continente se llegaron a aceptar, explicándolas como algo totemático. Con los descubrimientos egipcios, los científicos se encontraban ante el problema de tener que justificar y explicar el alto grado de desarrollo de la civilización faraónica que había llegado a desarrollar un arte tan complejo y sofisticado⁸.

Lubbock llegó a describir a los modernos grupos tribales como incapaces de controlar la naturaleza y como poseedores de intelectos semejantes a niños. Supuso que en sus lenguajes, que es de por sí un elemento esencial en el desarrollo de una civilización, carecían de palabras abstractas por lo que no podían comprender los conceptos no concretos, básicos para un pensamiento conceptual. Ahora tenían que rendirse ante las evidencias del alto grado de complejidad de la lengua jeroglífica, demostrada en los constantes avances en el conocimiento de la misma.

Se planteaba la evolución cultural como una evolución que implicaba siempre mejoras tecnológicas y, por consiguiente, morales. Todo progreso marchaba hacia una mejora y un estado de mayor felicidad. Gracias a la evidencia de que este progreso era la aceleración de lo que había estado ocurriendo a lo largo de toda la humanidad, la arqueología prehistórica reforzó la confianza de las clases medias británicas de ser la vanguardia de este proceso. Pero sólo ellos se habrían de beneficiar de este proceso, ya que “los primitivos” estaban de por sí condenados a desaparecer ya que aún recibiendo un alto grado de educación y cultura no se podrían compensar esos miles de años durante los cuales la selección natural no los adaptó biológicamente, y por tanto, intelectualmente, a una forma de vida más compleja y ordenada. De manera que estaban completamente justificados en su labor de reemplazarlos por gentes más civilizadas porque esto repercutiría en último término en una mejora de la raza global humana. Se imponía así la preeminencia europea mediante la vinculación a su prehistoria.

Lubbock, con principios darwianos y como producto de la Inglaterra victoriana, planteó las diferencias insalvables entre ellos y los pueblos nativos como justificación para la colonización, y con ella el establecimiento de un control político y económico en el exterior, mediante la idea de que el objetivo era el promover el progreso general de la especie humana. Al tiempo se intentaba eludir el sentimiento de culpabilidad ante el hecho de que a causa de este progreso muchas culturas “primitivas” fueran desapareciendo, puesto que la selección natural no les había preparado para sobrevivir

⁸ La obra monumental de la *Description de l'Égypte* nacida de la iniciativa de Bonaparte y de sus “sabios”, desarrolló por primera vez un profundo estudio consagrado a una civilización antigua. Con ella se crea en Europa un entusiasmo desbordante por el mundo egipcio en particular y oriental en general, avalado por la creación de numerosos centros de estudios sobre Oriente y Egipto. Este afán llevó a un gusto por el coleccionismo, fruto del cual son los grandes museos europeos de Berlín, Londres, Leyden, París o Turín.

cuando la civilización se extendiese. Aunque Lubbock presuponía que esta primacía correspondía sólo a Inglaterra, no pudo impedir que sus teorías sirvieran para la causa de otros países europeos o Norteamérica⁹.

Estas ideas justificaban en el plano teórico el esfuerzo de modernización tecnológica iniciada en Egipto. La política de introducción del *modus vivendi* europeo por parte de Mohammed Alí y sus descendientes, venía a demostrar a Europa que Egipto no era un pueblo de “salvajes” puesto que era capaz de adaptarse al modelo europeo. Se inauguraba una nueva actitud: la de potenciar todos los aspectos de la cultura egipcia antigua, hecho novedoso ya que hasta ahora no se había necesitado recurrir a la historia antigua de Egipto para legitimar el presente¹⁰. Desde su entrada en el ámbito árabe, las actitudes locales hacia la arqueología del país habían sido coloreadas de una visión negativa sobre todos los tiempos preislámicos, considerándola como una época de ignorancia religiosa basada en el politeísmo; en el Corán, como en el Antiguo Testamento, Faraón aparece como el opresor de Moisés y del Pueblo Elegido. Existía además un completo desdén por las artes figurativas. De ahí que hubiese habido una constante despreocupación y completo abandono de los monumentos antiguos, si bien un generalizado respeto hacia ellos.

Ahora Egipto se esforzaba por adoptar todos los valores y rasgos externos de lo que los europeos llaman “civilización” y que aportaban “prestigio”. Siguiendo esta política se crea un museo nacional donde se muestre una civilización cuyos orígenes se remontan a una cronología idéntica a la europea; se participa en las Exposiciones Universales que eran en ese momento el escaparate de los avances tecnológicos del mundo a la par que se exhibe el legado faraónico; se envían a los hijos a estudiar a universidades europeas, siendo éste uno de los mejores agentes de occidentalización; se adoptan los símbolos más emblemáticos como las pirámides o la esfinge como motivos para los sellos; se estrena la ópera de “Aida” con todo un despliegue de medios Todo ello iniciativas propiamente europeas.

En el marco de los estudios raciales se explica la intención de la *galería antropológica*, presentada en el pabellón egipcio instalado en la Exposición Universal de París de 1867, con el tema monográfico de las investigaciones sobre la raza egipcia: dentro del interés europeo por la raza, se presenta un estudio antropológico comparativo entre las momias encontradas en la “cachette” de Deir el-Bahari e individuos vivos del país. La obra de Samuel Morton, “*Crania Aegyptiaca*” publicada en 1844, argumentaba que los cráneos egipcios y las representaciones en sus monumentos revelaban que los tipos humanos no habían cambiado en esa parte del mundo durante 4500 años, casi tanto como la edad de la Tierra según las medidas tomadas de la Biblia, apoyándose en una poligénesis divina, idea rechazada por los cristianos conservadores que lo interpretaban como un ataque directo a la Biblia.

Con esta nueva actitud se pretendían dos objetivos: por una parte, independizarse de la influencia del imperio turco y por otra, la de equipararse al mismo nivel cultural y

⁹ Un ejemplo del uso intencionado de estas ideas lo tenemos en los pensadores norteamericanos al considerar el caso de los salvajes autóctonos. Creencia racial de que los indios eran belicosos y salvajes por naturaleza y que no eran aptos para adaptarse al estilo de vida europeo y, por tanto, destinados a desaparecer como civilización.

¹⁰ El caso contrario lo tendríamos, por ejemplo, con la subida al poder del régimen de Gamal Abdel NASSER quien, como promotor de un panarabismo y no de una identidad propiamente egipcia, anula ese interés y referencia a los tiempos pre-islámicos.

moral según las normas europeas. Pero esa modernización de Egipto le supuso finalmente un endeudamiento y una dependencia absoluta con Europa.

Desde Mohammed Alí, el interés de Egipto por fomentar su pasado se reflejaba en los esfuerzos por controlar los trabajos arqueológicos desarrollados en el país y por el endurecimiento de la legislación de excavación. Desde 1835, las antigüedades son protegidas por una orden emitida por el propio Mohammed Alí, con disposiciones que buscaban la seguridad de los monumentos y salvaguarda del patrimonio egipcio¹¹. Teóricamente, nada se puede excavar sin la autorización – el llamado *firman* – del virrey, y los objetos sacados a la luz no podían salir de Egipto, para quedarse en un museo, el cual no existía entonces más que en un papel, siguiendo un afán de coleccionismo de obras de arte, como el vivido en Europa, en el marco institucional de un museo nacional, hecho que era considerado en la mentalidad del hombre del XIX como signo de civilización y prestigio.

Evidentemente, esta actitud intransigente no tuvo un reflejo en la práctica desde el momento en que la arqueología fue considerada y utilizada desde el inicio como un instrumento político, puesta al servicio de los intereses puntuales de las potencias europeas y del propio gobierno de Egipto. Aunque no se podían sacar piezas del país, el virrey Abbas Pachá regalará la colección nacional egipcia al Archiduque Maximiliano de Austria tras su visita a Egipto en 1855. La ingeniería moderna europea y americana fue puesta a prueba ante el reto de transportar los pesados monolitos destinados a poblar numerosas plazas de las principales capitales por cortesía del gobierno egipcio.

Pero este recelo hacia su material arqueológico contrasta con comportamientos claramente hostiles hacia su patrimonio. *Mohammed Alí sacrificará parte de su legado por la modernización del país*: se trataba de construir deprisa, por lo que se permitirá usar los monumentos antiguos como canteras, destruyéndose templos para la construcción de obras de ingeniería modernas: presas, carreteras, monumentos convertidos en polvo para la obtención de salitre... Aunque no autorizaba directamente este tipo de actuación, tampoco impuso una política de prohibición severa.

Sirva un ejemplo casi increíble de la impaciencia con la que se realizaban estos trabajos de ingeniería: aprobado el plan de construcción de una presa en el Delta que repartiría las aguas de los brazos del Nilo de Rosetta y Damietta, Mohammed Alí llega a plantear a Linant de Bellefonds, director de los trabajos, la idea de demoler las pirámides de Gizeh para utilizar las piedras en las presas. De hecho, una comisión de Obras Públicas acude, incluso, al lugar para estudiar el proyecto. Linant, que estaba formalmente en contra de esta idea, frente al otro director, Enfantin, jefe de los sansimonianos (doctrina socialista nacida en Francia, para quienes los monumentos antiguos no revestían ningún interés), consiguió disuadir a Mohammed Alí presentándole la elevada suma de dinero que costaría obtener las piedras de las pirámides, volviéndose a pensar en recurrir a canteras ordinarias.

Esta situación es denunciada por muchos europeos y es un argumento a añadir para legitimar una vez más su actuación en Egipto¹². Se criticaba el estado de degradación que habían alcanzado en poco tiempo gran número de monumentos, fuera por el saqueo constante de los “fellahr” para vender cualquier pieza, los abusos del turismo o por el uso por parte de los nativos de las piedras de las construcciones antiguas

¹¹ Extracto de la Ordenanza del 15 de Agosto de 1835. A. Pérez Largacha (1998), p. 28.

¹² Extracto de la nota que Champollion envió al virrey Muhammad Alí al finalizar su misión a Egipto (1828-29) de noviembre de 1829. Expedición franco-italiana al mando de Champollion y de Rosellini. A. Pérez Largacha (1998), p. 24.

sacrificadas a favor de una industrialización del país. En pocos años, ciudades importantes como Antinoe o Elefantina habían sido demolidas; los restos de Hermópolis Magna había servido para la construcción de una fábrica de salitre, Luxor vendido a un salitrero, el templo de Dendera se salvó en un par de ocasiones de ser demolido ..., Linant de Bellefonds en 1833 se quejaba de que la destrucción va tan deprisa que catorce de los principales monumentos descritos en la obra de la *“Description de l’Égypte”* habían sido destruidos; en 1838, Prisse d’Avennes conseguiría detener la construcción de una salitrera en la misma Karnak.

Desde las esferas europeas se reclamaba una mayor vigilancia y eficiencia de los agentes del gobierno así como la seguridad de las excavaciones europeas, por el bien de la ciencia y del propio Egipto, aún siendo conscientes del gran daño que se hacía al patrimonio egipcio con el comercio impune de antigüedades llevado a cabo por gran parte de los diplomáticos europeos, comercio que se realizaba con el apoyo de sus propios gobiernos quienes aprobaban los presupuestos para el transporte de las piezas. Sin embargo, este ejercicio era justificado como un “mal menor” pues suponía al fin y al cabo salvarlos de la destrucción local así como de la ruina por los especuladores de antigüedades y la avalancha de turistas.

Pero aunque se avanzaba hacia la salvaguarda del patrimonio, las instituciones creadas por los europeos para ello se concentraban siempre en manos europeas (Mariette con su Servicio de Antigüedades exigía un europeo como inspector, y obstaculizó en la medida en que le fue posible la presencia de egipcios en la escuela de Brugsch). No será hasta finales de siglo cuando se produzca lo que se ha denominado la “descolonización” de la profesión de la egiptología con el precursor Ahmed Kamal y finalmente con la independencia política de Egipto a mediados del XX¹³.

Paradójicamente a esta actitud de indiferencia y a veces agresión hacia los monumentos, Mohammed Alí y sus descendientes se interesaron por fomentar los estudios del antiguo Egipto, en parte para alimentar el sentimiento nacionalista y en parte para asegurar las buenas relaciones con Europa a través del apoyo ofrecido a los científicos europeos. Especialmente con Francia, que fue la fiel aliada en su proyecto de independencia y conquista de los territorios orientales, además de quien le estaba proporcionando la infraestructura y el dinero necesarios para llevar a cabo su obra de modernización. Esta es la explicación del apoyo prestado a la expedición de Champollion. Cuando éste decide emprender su campaña en Egipto es disuadido por el cónsul Drovetti (mayo 1828) pues en esos momentos se habían agravado las relaciones con Francia a raíz del problema de la independencia de Grecia. Meses después (agosto), Drovetti comunicaba a Champollion su conformidad con el viaje, explicada por el hecho de haber logrado la firma de una convención entre Mohammed Alí y las potencias europeas, que preveía “amistosamente” la retirada de las tropas egipcias de Morea (centro de la resistencia griega).

Gracias a esa amistad que Said Pachá quiere granjearse con Francia, quien va a ser la que tenga la concesión del Canal de Suez, Mariette recibe el apoyo del vizconde de Lesseps, encargado de las gestiones del canal, para que el gobierno egipcio le proporcione todo el apoyo y la ayuda financiera en su labor de salvaguardar los monumentos. En 1857 entró al servicio de Said Pachá y funda un servicio de protección de antigüedades (que está exclusivamente bajo la tutela del virrey, incluso

¹³ Hasta 1920 los alumnos de Kamal no adquirirán posiciones importantes dentro de la egiptología. D. M. Reid (1985).

económicamente, con la función de aplicar la legislación de 1835; la última etapa del proceso se producirá a la muerte de Mariette: la declaración de las antigüedades como de dominio público y no propiedad del virrey. Habría un inspector de excavación que debía ser europeo, aceptación por parte de Said que ilustra el grado de dependencia en que se encontraba. Como francés y europeo, Mariette se convierte en intermediario con Europa, sea en el caso de las exposiciones universales como comisionado de Egipto en la exposición universal de 1862 en Londres y en la de 1867 en París, en la inauguración del canal de Suez o visitas oficiales. Cuando Napoleón III quiera intervenir en Egipto, lo hace a través del Servicio de Antigüedades y con la persona más cercana al virrey que es, precisamente, Mariette.

Desde 1858 la India es colonia británica por lo que ahora más que nunca Egipto se convertía en una pieza estratégica vital. Por esta razón, la política inglesa se intensifica iniciando una importante política de inversión de capital. El Banco de Londres comenzó a concederles préstamos. El virrey Said Pachá, en una costosa modernización del país, acabará por endeudarse con Inglaterra, lo que le obligará a venderles sus acciones sobre el canal que consolidará el control inglés del Mediterráneo y su poder marítimo y comercial: desde 1869 se descarta la vía del Cabo de Hornos y se reduce el viaje a la India a sólo tres semanas.

Francia e Inglaterra se enzarzaron en una lucha por el control férreo de las finanzas y la política egipcias, y esta lucha se vio también reflejada en las actividades e instituciones arqueológicas. En 1882, Francia se verá obligada a retirarse de la lucha política en Egipto, aunque su mayor éxito en el campo de la egiptología ya lo había sido realizado la diplomacia francesa: el que un francés, Mariette, crease el Servicio de Antigüedades, órgano desde el cual monopolizó la actividad arqueológica durante 94 años, frente al bando británico y a la pujante Alemania.

BIBLIOGRAFÍA

Clyton, P. A. (1985), *Redescubrimiento del Antiguo Egipto. Artistas y Viajeros del siglo XIX*. Editorial Reseña, Barcelona.

Girgis, S. (1975), *The Predominance of the Islamic Tradition of Leadership in Egypt during Bonaparte's Expedition*, European University Papers, Series III History, paleography and numismatics, Vol. 47, Bern/Frankfurt.

Daniel, G. (1986), *Historia de la Arqueología. De los anticuarios a V. Gordon Chile*. Alianza Editorial. 1986 (1ª ed. 1967)

Humbert, J. (1994), *Egiptomania: L'Égypte dans l'art occidental 1730-1930*, Museo de las Bellas Artes de Canadá.

Mitre, E. (1997), *Historia y Pensamiento Histórico*. Ed. Cátedra S.A.

Molinero, M. A. (1998), "De la creación del IFAO a la Primera Guerra Mundial", *2000 años de investigación arqueológica*. Zugarto Ediciones, S.A. p.44-65.

Reid , D. M. (1985), "Indigenous Egyptology: The decolonization of a Profession?", *Journal of the American Oriental Society* 105.2, p. 233-246.

Sevilla Cueva, C. (1998), "Mariette y la salvaguarda del patrimonio faraónico", *2000 años de investigación arqueológica*. Zugarto Ediciones, S.A., p.32-43.

Pérez Largacha, A. (1998), "Anticuarismo y Mito. La Arqueología en Egipto hasta el siglo XIX". *2000 años de investigación arqueológica*. Zugarto Ediciones, S.A., p.18-31.

Said, E. (1990), *Orientalismo*, Ed. Libertarias (ensayo Ibn Jaldun).

Trigger, B. G. (1992), *Historia del pensamiento arqueológico*. Ed. Crítica, (1ª ed. 1989).

White, H. (1992), *Metahistoria. La imaginación histórica en la Europa del siglo XIX*, Ed. Fondo de Cultura Económica, México, (1ª ed. 1973).